

De este autor nacional, tan alabado siempre por la crítica, ha dicho Pedro Leandro Ipuche:

"Espínola es de una originalidad 'venida', hosca y patrimonial.

"Imposible enredarlo con nombres. Ni aún con nombres grandes.

"Pero, por esa altura bravísima por donde se arriesgan los valores de filiación fronteriza, se le pueden distinguir seres de familia que se le acercan.

"Y hasta resulta de muy eficaz simpatía espiritual en mentarlos.

"Espínola hace sentir a Esquilo; a un Esquilo que algunos adivinamos en su arregosto silvestre y primitivo. Nos hace pensar en Neel Doof, la judía holandesa de la piedad plebeya. Nos hace llamar a Emilia Bronte, la niña trágica de las "Cumbres borrascosas". Nos señala los puntos de fluencia inocente, mística y corazonada del Tolstoy de los libros fundamentales. Nos hace gritar por Andreieff, el ruso, corajudo hasta la macabrez, que metió el miedo "necesario" por el mundo como una zarabanda del júbilo creador".

EL HOMBRE DALIDO

por

FRANCISCO
ESPINOLA
Ilustró DOGON

★

TODO el día estuvo toldado el sol, y las nubes negruzcas, inmóviles en el cielo, parecían apretar el aire, haciéndolo pesado, bochornoso, cansador.

A eso del atardecer, entre relámpagos y truenos, aquéllas aflojaron y el agua empezó a caer con rabia, con furia casi; como si le dieran asco las cosas feas del mundo y quisiera borrarlo todo, deshacerlo todo y llevárselo lejos, al río, al mar... ¡quién sabe dónde!

Cada bicho disparó a su cueva. La hacienda, no teniendo ni eso, daba el anca al viento y buscaba refugio debajo de algún árbol, en cuyas ramas chorreaban los pajaritos, metidos a medias en sus nidos de pajita y pluma.

En el rancho de Tiburcio estaban solas Carmen, su mujer y Elvira, su hija. El, capataz de la tropa de don Clemente Farías, había marchado para "adentro" hacía una semana.

Se hallaban en la cocina negra de humo cuando sintieron ladrar el perro hacía el lado del camino. Vichó la muchacha y vió un hombre desmontar en la enramada con el poncho empapado y el sombrero como trapo por el aguacero.

—¡Lión!, ¡Lión!. ¡Juera! Dentre p'acá, — gritó Elvira.

—¿Quién es? — dijo la vieja revolviendo la olla de mazamorra.

—No lo conozco.

—Güenas tardes. — Y agachándose, — la puerta era baja, — el hombre entró.

—Güenas. Sientesé. ¿Lo ha redotao l'agua? Saquesé el poncho y arrimelo al fogón.

—Sí, es mejor. Aquí nomás.

El hombre colgó su poncho negro en un clavo, cerca del fuego y sacudió el sombrero. Después, se sentó en un banco.

—¿Viene de lejos? — curioseó la vieja.

—De Belastiquí.

—¿Y va?

—Pa l'estancia e'Molina, n'el Arroyo

Grande. Pero me apuré mucho por l' agua y traigo cansadazo el caballo. Ansina que si me deja pasar la noche...

—Comodidá no tenemos... Puede traer su recaó y dormir aquí, en todo caso.

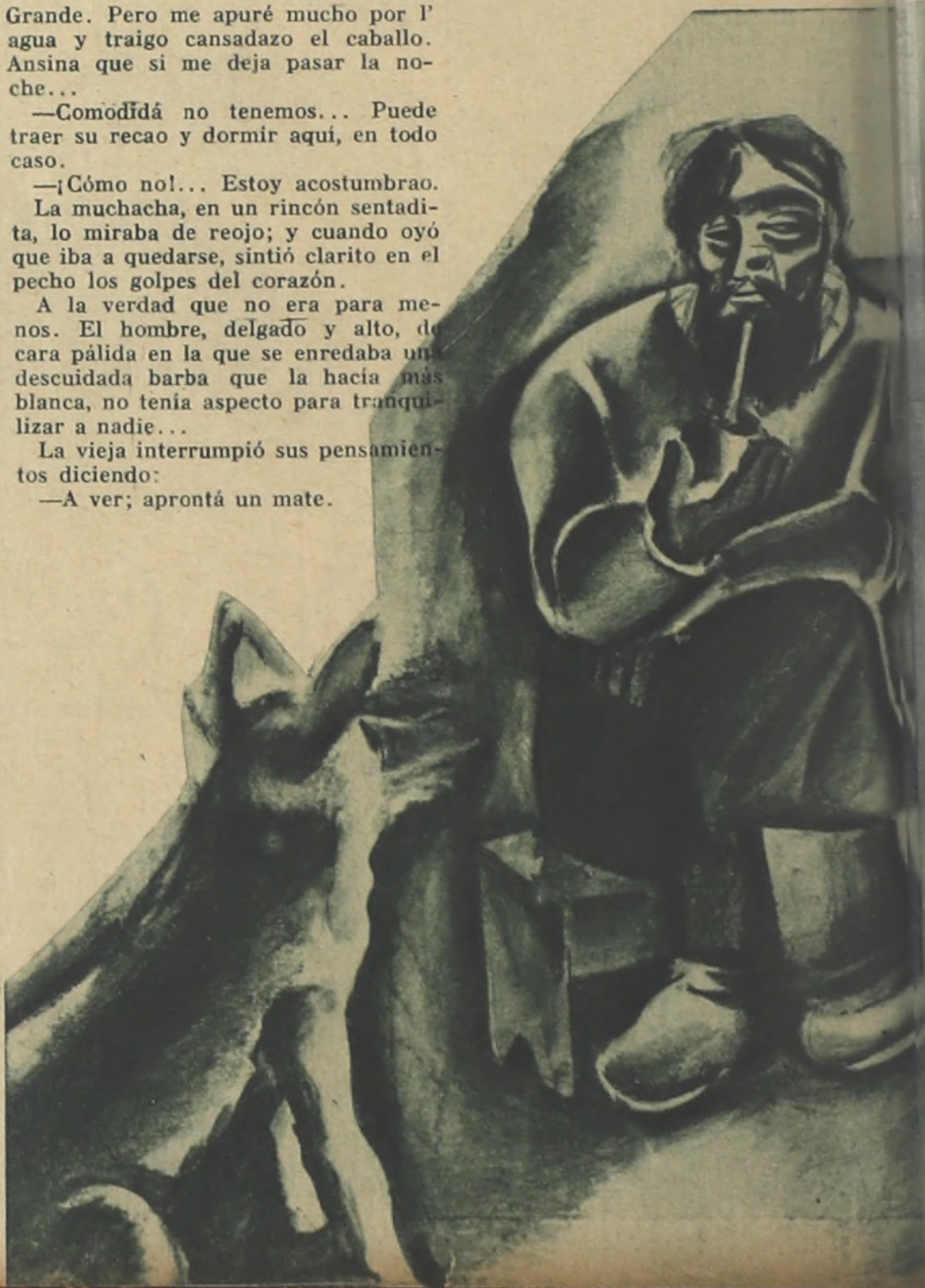
—¡Cómo no!... Estoy acostumbrao.

La muchacha, en un rincón sentadita, lo miraba de reojo; y cuando oyó que iba a quedarse, sintió clarito en el pecho los golpes del corazón.

A la verdad que no era para menos. El hombre, delgado y alto, de cara pálida en la que se enredaba una descuidada barba que la hacía más blanca, no tenía aspecto para tranquilizar a nadie...

La vieja interrumpió sus pensamientos diciendo:

—A ver; aprontá un mate.



Y siguió revolviendo la mazamorra, mientras daba conversación al forastero que acariciaba al perro retirando la mano cuando éste rezongaba desconfiado de tanto mimo.

Elvira tiró la yerba vieja, puso nueva, le echó primero un poquito de agua tibia para que se hinchara sin quemarse y, en seguida, ofreció el mate al desconocido. Este la miró a los ojos y ella los bajó, pálida de miedo. No sabía por qué. Muchas veces habían venido así de pronto, gente de otros pagos que dormían allí y al otro día se iban. Pero esa noche, con el ruido de los truenos, y la lluvia, con la soledad, con muchas cosas, tenía un miedo bárbaro a aquel hombre de barba negra y cara pálida y ojos como chispas.

Se dió cuenta de que la observaba. Los ojos encapotados, chupando lentamente el mate, el hombre recorría con la vista el cuerpo tentador de la muchacha...

Había que cansar muchos caballos para encontrar una más linda. Brillante y negro el pelo, lo abría al medio una raya y caía por los hombros en dos trenzas gruesas y largas. Tenía unos labios carnosos y chiquitos que parecían apretarse para dar un beso largo y hondo, de esos que aprisionan toda una existencia. La carne blanca, blanca como cuajada, tibia como plumón, se aparecía por el escote y la dejaban también ver las mangas cortas del vestido. El pecho abultadito, lindo pecho de torcaza; las caderas ceñidas, firmes; las piernas que se adivinaban bien formadas bajo la pollera ligera; el conjunto todo, producía unas ansias extrañas en quien la miraba; unas ansias entreveradas de caer de rodillas, de cazarla del pelo, de hacerla sufrir apretándola fuerte entre los brazos, de acariciarla

tocándola apenitas...; yo qué sé!; una mezcla de deseos buenos y deseos malos que viboreaban en el alma como relámpagos entre la noche. Porque si bien el cuerpo tentaba el deseo del animal, los ojos grandes y negros eran de un mirar tan suave, tan leal, tan tristón, que tenían a raya el apetito, y ponían alitas de ángel a las malas pasiones...

El hombre notó que la muchacha estaba asustada y se turbó, porque ya le temblaba la mano al tenderla para entregar o recibir el mate.

Elvira fué despacito arreglando la mesa, y, cuando estuvo pronta, los tres se sentaron a comer. Concluida la cena, mientras las mujeres fregaban, el hombre fué hasta la enramada, llevó el recado a la cocina y se sentó a esperar que hicieran la lidia, jugando con el perro, con León que, por su presa tirada al cenar, había perdido la desconfianza y estaba íntimo con el desconocido.

—¡Mesmo qu'el hombre! — pensó éste.

Y siguió mirando el fuego y, de reojo, a Elvira.

—Hasta mañana, si Dios quiere — dijo la vieja cuando terminaron la tarea. — ¿Precisa alguna cobija?

—No; el poncho está cuasi seco.

—¡Buenas noches! — dijo la muchacha cruzando ligera a su lado, con la cabeza baja.

—Güenas.

Las dos mujeres abrieron la puerta que comunicaba con el otro cuarto, pasaron y la volvieron a cerrar. Al rato, se oyó el rumor de las camas al recibir los cuerpos, se apagó la luz, y todo fué envolviéndose en el ruido del agua que caía sin cesar.

El hombre tendió las cacharpas, se cobijó bajo el poncho con el perro y sopló el candil.

El fogón, mal apagado, quedó brillando.

II

Un rato después se empezó a oír la respiración ruidosa y regular de la vieja. Pero en la cama de Elvira no había caído el sueño. Ahora que su madre dormía, el miedo la ahogaba más fuerte. El corazón le golpeaba el pecho como alertándola para que el peligro no la agarrara dormida, y su vista trataba en vano de atravesar las tinieblas...

De cuando en cuando rezaba un Ave María que casi nunca terminaba, porque la paraba en seco algún ruido que la hacía sentar de un salto en la cama.

A eso de la media noche, oyó bien claro que la puerta de la cocina que daba al patio había sido abierta, y hasta le pareció sentir el aire frío entrar por las rendijas. Tuvo intención de despertar a su madre y no se animó a mover. Sentada, con los ojos saltados y la boca abierta para juntar el aire que le faltaba, escuchó. No sintió nada, y, aquel silencio, después de aquel ruido, la asustó más aún. No sentía nada; pero en su imaginación veía al hombre de la barba negra clavándole los ojos como chispas; y veía el poncho negro, colgado del clavo, movido por el viento como anunciando ruina... Y como para vencerla de que era verdad que la puerta había sido abierta, seguía sintiendo el aire frío y percibía más claramente el ruido de la lluvia...

Efectivamente: el hombre, que se echó nomás sobre el recado, se había levantado a eso de la media noche llevándolo hasta la enramada y, después de ensillar, había salido hasta la manguera que estaba como a dos cuerdas dejándose pintar de rosado por los relámpagos.

Otro hombre le salió al encuentro. Era un negro.

—¿Están las mujeres solas? — pre-

(Continúa en la página 78)



El Cochero

(Continuación de la Pág. 7)

rra y convencerse con sus propios ojos; pero flaqueaban las piernas ante semejante idea. Era tímido como una liebre; él no podía rebelarse contra nadie.

Lleno de mansedumbre, engañándose a sí mismo, monologaba:

—¡No!... mi hija no puede ser! Ella, después de la fábrica, se va en seguida para casa. A estas horas la pobrecita estará haciendo la comida. ¡Qué mal soy! ¿Verdad que estás en casa, Susana? Verdad que sólo quieres en el mundo a tu padre y que nunca lo has engañado? ¿Verdad que eres buena?...

Y así, entre esas distintas reflexiones, continuaba el largo trayecto rumbo al puente, cerca, muy cerca, de su propia casa.

Varias luces rojizas, en medio de la carretera, anunciaban peligro inminente. El viajero gritó:

—¡Cuidado!... Acorta la marcha. ¿No ves las luces rojas?

—Es el puente en reparación — contestó.

Un sonido sordo, hueco, anunció a "Chirú" que atravesaba el puente. Por un momento lo atrajo el abismo; sintió deseos de precipitarse sobre aquella enorme boca rodeada por luces luciferinas, las que espejaban sobre las aguas del anchuroso río.

Los caballos por su cuenta, acostumbrados, doblaron en la primer boca calle, a la derecha.

—¡Párate! "Chirú" quedó nuevamente como clavado en el pescate; parecía de palo.

Oyóse un rumor de besos y el abrir y cerrar de la portezuela del "coupé". En tanto ella alejándose presurosa entre las sombras, el viajero dió la orden de marcha:

—Vamos al centro... ¡rápido!

Una hora después regresaba el cochero a su casa, echando grandes bocanadas de humo por la pipa. Con el rostro lleno de satisfacción, besó a su hija; luego llevando las manos a los bolsillos del chaleco, extrajo tres pesos de plata, los que al arrojarlos uno a uno sobre la mesa, sonaron con claro ritmo. Luego dijo:

—Hoy he tenido suerte, Susana. Mira... esa plata me la dió a ganar un joven en un viaje que hice hasta por aquí no más... cerquita de casa. Y en seguida agregó:

—¿Hiciste la cena?

Ella con gran nerviosidad, contestó: —Todavía no está pronta... falta poco.

—Y... ¿a dónde fuiste?

—La vecina ha estado enferma... me mandó buscar...

—Hiciste bien... ¡pobre! — contestó bonachonamente "Chirú", y se fué a la pieza contigua, mordido aún por la duda.

Susana, en un completo abandono, sentóse junto a la mesa de la cocina alumbrada por pálida bujía. En su cerebro se agolparon las más inquietantes cavilaciones.

CASA DE PEINADOS

D. IRIBARNE

18 de Julio 2080

Automático 43649

Le Porte Bonheur

—¡Pobre papá!... — dijo — ¡qué infame soy! Si él supiera... moriría de pena!

Y con la cabeza entre las manos lloró en silencio, amargamente. Poco después, ahogada por un sollozo exclamó: —¡Ay!... ¡Carlos de mi alma!

Valentín GARCIA SAIZ.

"FLECHAS QUEBRADAS EN MITAD DEL VUELO"

(Continuación de la Pág. 16)

Es digno de puntualizarse el hermetismo simbólico de algunos poemas. Esto, que normativamente equivaldría a un desmedro, no lo es en el caso de nuestro poeta. Cuando se ha logrado provocar intensa emoción estética, no primaría, sino esencial, se puede aventurar con felicidad más de un hermetismo. La superconciencia estética del verdadero artista ordena imperiosamente hacer el silencio o la oscuridad cuando así lo exigen razones íntimas de belleza.

Pero dicho hermetismo, que, como ya dijimos, normativamente pudiera ser perjudicial, figura muy excepcionalmente, en la totalidad de las composiciones, fuera de lo cual se desarrolla un simbolismo fácil y claro — hasta donde todo simbolismo puede ser fácil y claro — en las verdaderas realizaciones estéticas. Porque cierto hermetismo se dijera que es condición imprescindible a todo simbolismo superior en el orden estético, porque ahí es precisamente donde radica su poder sugeridor.

Grave y trascendente simbolismo el de esta literatura ahondada en lo humano y en lo divino. Llena de sensualidad e idealidad. Pero siempre en lo profundo, santa intención de vuelo místico.

Dice el poeta: "¡Dolor y gozo éste de vivir sin palabras, que envidio santamente!"

—Silencio que el hombre ejercita para encontrarse a sí mismo, hallar a Dios y formular un canto.

Mayo de 1934.

C. M. BRITOS HUERTAS.

El Hombre Pálido

(Continuación de la página 19)

guntó ansioso.

—Sí, — dijo sombrío el otro.

—La plata tiene que estar nalgún lado. No se la iba a llevar él tuita. Empecemo.

—¿Qué hay?

—Hay que yo no quiero...

—¿Qué no querés?

—Sí, que no quiero.

—¿Pero tas loco, Patricio?

—Pior pa mí si m'enloquecí. Pero y te dije Vamos p'atrás.

—¿El qué?

—Nú hay qué que te valga. Como siempre, ti acompaño cuando querés pero esta noche, no, y aquí, meno.

—¡Hum! Si te salieran en luces malas los qui has matao te ciegaria l' iluminación y aura ti ha dentrao po' hacerse l' angelito.

—Náides habla aquí de bondá. Diga que no se mi antoja y si acabó.

—Pior pa vos. Iré yo solo. ¿Qué tanto amolar por dos mujeres!

—Es que vos tampoco vas a dir.

—¿Dende cuándo es mi tutor el que habla?

—Dende que tengo la tutora, — dijo el otro tanteándose la daga.

—¡Ah! ¿Querés peñar? ¡Me l'hubieras dicho antes. Siguramente ya habrías hecho la cosa y quedarías la plata para vos solo. Pero no te veo uñas, mi querido. Venite nomás, — y desvainó su cuchillo.

—¡Calláte, negro'e los diablos! — rugió el otro yéndosele arriba.

A la luz de los relámpagos, entre los charcos de agua, los dos hombres se tiraban a partir. Patricio, el poncho medio recogido con la mano izquierda, fué dando vuelta para ponerse de espaldas a la lluvia. El negro comprendió el juego y dió un salto; pero se resbaló y se fué de lomo. El otro esperó a que se enderezara y lo atropelló. La daga, entrando de abajo a arriba, le abrió el vientre y se le hudió en el tórax.

—¡Jesús, mamá! — exclamó el negro.

Fué lo único que dijo. La muerte le tapó la boca.

El otro en las mismas ropas del difunto, limpió su daga. Después, enderezó a las casas y montó y salió al troceto.

—Pucha qui había sido cargoso el negro Jacinto! — murmuraba. — ¡Le decía que no, y él que sí, y yo que no; y dale! ¡Taba emperreo!...

La lluvia gruesa, helada, seguía cayendo.

**CALOR AGRADABLE E
HIGIENICO EN EL HOGAR
con la estufa DEMON**

DE ACTIVIDAD CONTINUA
PODEROSA LLAMA AZUL SIEMPRE UNIFORME
A LA MECHA
CAPERUZA DE SEGURIDAD QUE
IMPIDE ABSOLUTAMENTE
EL HUMO, HOLLIN O MAL OLOR.
LA ESTUFA "DEMON" ES UN ADORNO EN LA
HABITACION
SE EMPLEA TAMBIEN PARA COCINAR Y PLANCHAR

PIDAN PROSPECTO Y
DEMOSTRACION
— A —
TURCATTI & BELATTI
(CASA MOJANA)
627 - RINCON - 639
MONTEVIDEO

